

Ceuta y Melilla

CANDIDO



La admiración y el respeto que siento hacia el diputado del PSOE Pablo Castellano y hacia su metódica racional judía, no me ciega hasta el punto de cohibir con él en lo tocante a Ceuta y Melilla. La verdad no suele ser el precipitado matemático y exento de la razón. La verdad es un poco como el kyō orteguiano, es la verdad y sus circunstancias. En mi parecer la verdad escolástica está por debajo de la verdad vital, sobre todo, esto debiera serlo un político, sacificarlo todo, absolutamente todo a la razón, es imitar la conducta de los locos. Sólo que los locos no se esfuerzan todo a la razón, sino que lo han perdido todo, menos la razón.

A la verdad vital, como a la razón vital, podemos llamarla también histórica. El debate, por tanto, a que invita Pablo Castellano, con su tesis de que Ceuta y Melilla son de Marruecos, es mucho más histórico que político. Para empezar, esas dos plazas históricas son españolas mucho antes de que Marruecos existiese. De manera que cuando empezaron a ser no constituyen ningún fenómeno colonial.

Al parecer es una triste ley que las colonias, cuando se separan de la metrópoli, tiendan a imitar los vicios de ésta y esencialmente el de su tiranía. Ese fenómeno de repulsión—atracción nace de que la metrópoli es el único modelo que conocen bien, y así mismo, el que más acertadamente rechazan. Existen numerosos ejemplos en África. Pero aquí no se trata de una separación, sino, conforme a la teoría de Pablo Castellano, de un cambio de dueño. El diputado socialista piensa que el verdadero dueño de Ceuta y Melilla es Marruecos. Ya he sugerido que España no le arrebató esas plazas a Marruecos, que nunca fue dueño de ellas. Pero lo grave del pensamiento de Castellano es que está en la idea de que España es dueña de esas plazas, y que, por consecuencia, esas plazas no son España. Al parecer, Castellano está más atrás del pensamiento romano que cambió el concepto de provincia a pesar de la discontinuidad del territorio. Bien es cierto que la Galia o Hispania eran más el primer territorio de la provincia como romanidad primitiva.

Lo más importante de todo, no obstante, es que Castellano tiene, más en cuenta la voluntad de los indígenas—una titánica plena, dicha sea de paso—que la voluntad de los ciudadanos de Ceuta y Melilla, los cuales quieren, ser españoles, se sienten de raíz

Bajando hacia Asturias por la nueva carretera del Euzkadi impresiona la grandeza geométrica: el puente de tirantes sobre el Huma y los túneles naranja perforados en la tierra pelada y caliginosa de León. Pero bajando hacia Campomanes lo que más impresiona es la ausencia de Pajares. La ausencia del embudo, la ausencia de la identidad mágica que los asturianos tenemos pegada a Pajares, como un sello. En definitiva, impresiona el alma torbellinosa y propolante del progreso, por llegar una hora antes a Madrid nos mandan a Pajares al asilo. Y como para esa filosofía, los sentimentalismos no tienen más tratamiento que la cirugía o el desprecio, pues se ignoran, se corra y basta.

Y si nos han ido arrancando paulatinamente nuevas señas de identidad más necesarias. Primero fueron las madres, por indies e incoñadas para el asfalto. Luego fueron arrinconando a la sidra, por sucia y molesta. Y a los obispos para sustituirlos por catequistas. La gaita, después de un valioso, parece que se recupera. Y ahora, en esa marcha irreversible, le ha llegado el turno a la nostalgia, la magia y la simbología de Pajares, que era donde comenzaba y terminaba Asturias y, por eso, el altar en el que hacíamos nuestros ritos de llegada y despedida. Donde nos parábamos, al llegar, para, desde lo alto, echarle un par de mortiscos a la mebla e ir empujando el alma de orobayu, del susa-

La sombra del último gigante

Luis MEANA, Profesor de la Universidad de Trier, Alemania

ro nostálgico de los regatos y del aire denso y humedo de Asturias, al que reconocemos hasta por el tacto. Y tras ese prólogo, nos echamos ya a rodar por ese tobogán finado y serpenteante hacia Campomanes lo que más impresiona es la ausencia del embudo, la ausencia de la identidad mágica que los asturianos tenemos pegada a Pajares, como un sello. En definitiva, impresiona el alma torbellinosa y propolante del progreso, por llegar una hora antes a Madrid nos mandan a Pajares al asilo. Y como para esa filosofía, los sentimentalismos no tienen más tratamiento que la cirugía o el desprecio, pues se ignoran, se corra y basta.

Y si nos han ido arrancando paulatinamente nuevas señas de identidad más necesarias. Primero fueron las madres, por indies e incoñadas para el asfalto. Luego fueron arrinconando a la sidra, por sucia y molesta. Y a los obispos para sustituirlos por catequistas. La gaita, después de un valioso, parece que se recupera. Y ahora, en esa marcha irreversible, le ha llegado el turno a la nostalgia, la magia y la simbología de Pajares, que era donde comenzaba y terminaba Asturias y, por eso, el altar en el que hacíamos nuestros ritos de llegada y despedida. Donde nos parábamos, al llegar, para, desde lo alto, echarle un par de mortiscos a la mebla e ir empujando el alma de orobayu, del susa-

do del resultado: ganará, sin duda, el Huena y perderá Pajares. Porque esa es, en el fondo, la esencia de toda la tarea: imponer moldes uniformes y modernos, y, en pago, consentir que hagamos con lo estúpido folkloro. Y es tan grande el totalitarismo del progreso que nos rompen nada menos que el espinazo y no se oye ni un quejido, ni un mal llanto. Y eso en tiempos de renacimiento de lo autóctono. Tan entregados, tan convencidos y tan postorados estamos ante las prioridades indiscutibles e ineludibles del progreso.

Puede que ahora llegemos una hora antes a Madrid y puede que eso sea de máxima importancia. Pero hay otras cosas importantes. Y quién sabe si, rotos así el espinazo, los tiempos no nos verán un día convertidos en marcos cortados, débiles y acomodaticios o en almas disecadas y en pena como las de esos indios que expulsados de sus praderas, vieron convertirse sus plumas vitales y guerreras en meras plumas de folclore. Al fin y al cabo, nadie sabe cuánto de lo que somos se debe al nervio gigante de Pajares. Pero si se sabe que no es ésta la hora de misterios angulosos y dudosos sino la hora sagrada del progreso. Y progreso nos llevan por el Huena, aunque sea el precio imposible de tener que vivir y caminar con el espinazo roto, con las nostalgias fossilizadas e idólatras de los dioses extrínsecos y vulgares, al más, al mejor, y en definitiva, al más íntimo del progreso.

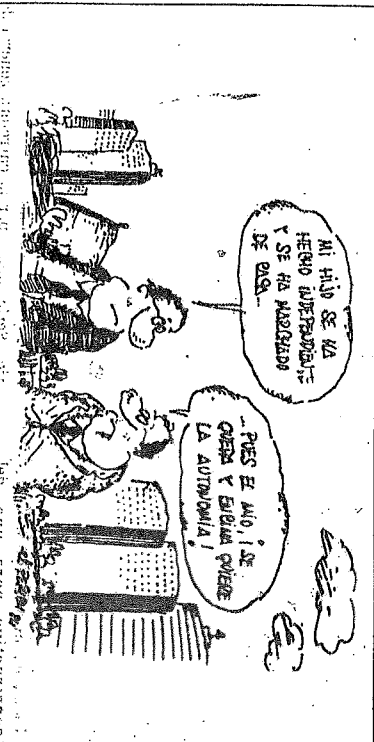
Y si nos han ido arrancando paulatinamente nuevas señas de identidad más necesarias. Primero fueron las madres, por indies e incoñadas para el asfalto. Luego fueron arrinconando a la sidra, por sucia y molesta. Y a los obispos para sustituirlos por catequistas. La gaita, después de un valioso, parece que se recupera. Y ahora, en esa marcha irreversible, le ha llegado el turno a la nostalgia, la magia y la simbología de Pajares, que era donde comenzaba y terminaba Asturias y, por eso, el altar en el que hacíamos nuestros ritos de llegada y despedida. Donde nos parábamos, al llegar, para, desde lo alto, echarle un par de mortiscos a la mebla e ir empujando el alma de orobayu, del susa-

do del resultado: ganará, sin duda, el Huena y perderá Pajares. Porque esa es, en el fondo, la esencia de toda la tarea: imponer moldes uniformes y modernos, y, en pago, consentir que hagamos con lo estúpido folkloro. Y es tan grande el totalitarismo del progreso que nos rompen nada menos que el espinazo y no se oye ni un quejido, ni un mal llanto. Y eso en tiempos de renacimiento de lo autóctono. Tan entregados, tan convencidos y tan postorados estamos ante las prioridades indiscutibles e ineludibles del progreso.

Puede que ahora llegemos una hora antes a Madrid y puede que eso sea de máxima importancia. Pero hay otras cosas importantes. Y quién sabe si, rotos así el espinazo, los tiempos no nos verán un día convertidos en marcos cortados, débiles y acomodaticios o en almas disecadas y en pena como las de esos indios que expulsados de sus praderas, vieron convertirse sus plumas vitales y guerreras en meras plumas de folclore. Al fin y al cabo, nadie sabe cuánto de lo que somos se debe al nervio gigante de Pajares. Pero si se sabe que no es ésta la hora de misterios angulosos y dudosos sino la hora sagrada del progreso. Y progreso nos llevan por el Huena, aunque sea el precio imposible de tener que vivir y caminar con el espinazo roto, con las nostalgias fossilizadas e idólatras de los dioses extrínsecos y vulgares, al más, al mejor, y en definitiva, al más íntimo del progreso.

Puede que ahora llegemos una hora antes a Madrid y puede que eso sea de máxima importancia. Pero hay otras cosas importantes. Y quién sabe si, rotos así el espinazo, los tiempos no nos verán un día convertidos en marcos cortados, débiles y acomodaticios o en almas disecadas y en pena como las de esos indios que expulsados de sus praderas, vieron convertirse sus plumas vitales y guerreras en meras plumas de folclore. Al fin y al cabo, nadie sabe cuánto de lo que somos se debe al nervio gigante de Pajares. Pero si se sabe que no es ésta la hora de misterios angulosos y dudosos sino la hora sagrada del progreso. Y progreso nos llevan por el Huena, aunque sea el precio imposible de tener que vivir y caminar con el espinazo roto, con las nostalgias fossilizadas e idólatras de los dioses extrínsecos y vulgares, al más, al mejor, y en definitiva, al más íntimo del progreso.

EL PERICH



do del resultado: ganará, sin duda, el Huena y perderá Pajares. Porque esa es, en el fondo, la esencia de toda la tarea: imponer moldes uniformes y modernos, y, en pago, consentir que hagamos con lo estúpido folkloro. Y es tan grande el totalitarismo del progreso que nos rompen nada menos que el espinazo y no se oye ni un quejido, ni un mal llanto. Y eso en tiempos de renacimiento de lo autóctono. Tan entregados, tan convencidos y tan postorados estamos ante las prioridades indiscutibles e ineludibles del progreso.